

gestad: cada pueblo tiene sus historiadores: en Francia, Heroissart, Monstrelet, Comines y sus contemporáneos, quienes no condenan al olvido ninguna particularidad de la historia: lo mismo sucede en todas partes; pero la antigua indigencia se torna en superfluidad; ya no hay ciudad que no quiera tener su historia particular, ni hombre de estado que no escriba sus memorias; y uno se encuentra agobiado por el peso de tanta autoridad, sin ser este el único mal. La historia moderna está lejos de haber ganado tanto en certidumbre como en estension: tantos historiadores sobre un mismo hecho, tantas versiones diferentes y los monumentos y las medallas que á veces no son mas veridicas. Si esta columna *rostral* cuyo pedestal puede aun verse en el museo Pio Clemencino, y que fué erigida en Roma por los contemporáneos de Duilio, en conmemoracion de su victoria naval, es una prueba histórica de la cual no puede dudarse; la estatua del agüero Naevio, elevada no sin el pedernal que él habia cortado con una navaja de barba, probaba que habia obrado algun prodigio. Esto habria sido sin duda lo mismo que la santa ampoya, y tantas otras pretendidas reliquias destinadas á atestiguar milagros supuestos. Otro tanto puede decirse de las falsas decretales. Hay en fin algunas medallas que han sido gravadas por victorias muy indecisas ó por empresas que se han frustrado. Así durante la guerra de 1740 entre Inglaterra y España, no se gravó una medalla atestiguando la toma de Cartagena por el almirante Vernon, mientras que este levantaba el sitio? Otro germen de errores y de ignorancia resulta de los libelos satiricos de que han sido tan fecundos nuestros tiempos modernos, y que no tienden mas que á desnaturalizar la historia. En medio de todos estos obstáculos y de todas estas dudas, que se oponen á que uno pueda saber bien en sus pormenores la historia de los tiempos modernos, el hombre de buen sentido que quiere instruirse se ve obligado á limitarse á tomar el hilo de los grandes acontecimientos y apartar todos los hechos particulares de poca importancia: aprende en la multitud de las revoluciones el espíritu de la época y las costumbres de los pueblos. Debe sobre todo dedicarse á la historia de su patria, estudiarla, poseerla y reservar para ella los pormenores, y dar una ojeada general sobre la de las otras naciones, cuya historia debe sobre todo interesarle en sus relaciones con su país, á ménos que no presente en sus negocios inte-

riores, analogias con la historia patria, é instrucciones de una utilidad positiva y directas para apreciar mejor las instituciones nacionales.

¿He hablado del modo de escribir la historia á cerca de la cual han dado preceptos tantos escritores, desde Luciano hasta Mably, desde d'Alembert y Voltaire, hasta M. de Bonald? Largo sería á la verdad este trabajo, pero quiero mas bien decir á cada autor con M. de Casteaubriand: „Si es conveniente tener algunos principios fijos al tomar la pluma, es una creacion inútil el preguntar como debe escribirse la historia, pues que cada historiador la escribe segun su ingenio.... y de cualquiera manera es buena con tal que sea cierta.» Ciceron habia dicho ya: *historia quoquo modo scripta proficit.* Además, el autor de los estudios me da un ejemplo al precepto: á voluntad de su entendimiento tan movable como vasto, es sucesivamente sentencioso y patético, racionador, pintoresco, filósofo y fatalista, y si algunas veces se encuentra que no es del todo historiador siempre es un gran escritor. ¿He hablado de esas novelas históricas que bajo la pluma de un Walter-Scott, de un Cooper y de un M. Changy, ilustran el tiempo pasado tan bien como la historia? ¿He tratado en fin de la importante cuestion de los compendios? Me parece cómodo á la verdad para leerlos y consultarlos superficialmente, pero pueden proporcionar una instruccion verdadera? Creo con M. de Bonald que no. „Tienen muchos pormenores ó carecen de ellos, y no presentan bastante atractivo para la memoria, ni bastante ejercicio para el entendimiento.» A la juventud conviene la historia con todos sus pormenores „porque esta edad no retiene sino las historias largas; y las mutilaciones que exige el compendio, las sufren los hechos, que son precisamente los que una memoria fresca acoge con mas facilidad, y conserva mas fielmente.» Felizmente ya no estamos en el tiempo que la ciencia de la historia se consideraba como agena de la instruccion pública, y hoy enseña en muchos establecimientos y á pesar de la opinion de los enemigos de las instituciones, se enseña la historia, y segun lo ha dicho M. Guizot, aparece como una ciencia política, dispuesta á marchar con el siglo, á instituir, y formar generaciones capaces de comprenderlas y sostenerlas.

Despues de haber insertado este artículo

cual hemos quitado casi todo aquello que interesa particularmente á la Francia, parece que sería oportuno consignar algunas líneas para hablar del estado que entre nosotros guarda la ciencia de la historia y su estudio; pero como este trabajo haria demasiado largo este artículo, nos reservaremos para tratar de tan impor-

tante materia en otra ocasion, dando una noticia lo mas circunstanciada que nos sea posible, de las obras que tratan de la historia de nuestro país, y de los mexicanos que han escrito á cerca de tan vasta quanto interesante ciencia.

P. M. DE TORRESCANO.

## CONTEMPLACION.



### I

BRILLA del sol la vividora lumbre,  
Arde su luz indeficiente y pura,  
Rica y lozana ostenta la natura,  
Su juventud, su gloria, su beldad.  
Inmenso velo de esmeralda cubre,  
Cerros gigantes, valles dilatados,  
Que de gallardas flores esmaltados  
Están con infinita variedad.  
Al fin llegó la dulce primavera,  
Y el blando viento derramando aromas,  
Baña los prados, las erguidas lomas,  
Y vivifica el pólem de la flor.  
Los árboles excelsos sacudiendo  
Las pardas hojas que secará el yelo,  
Alzan entonces la cabeza al cielo  
Con nueva vida y sin igual vigor.  
Plácido se desliza entre zarzales  
El arroyuelo manso y bullicioso,  
Besa el pié tosco al pino magestoso  
Con ondas de purísimo cristal.  
Y la rosa purpúrea, embalsamada,  
En ellas posa su divina frente,  
Cuando la mece el delicado ambiente  
Entreabriendo su cáliz virginal.  
Aun la gigante, y reformida palma  
Que tan airosa, tan gentil y bella,  
Entre sobervios árboles descuella  
Y que á la flor pequeña despreció;  
Se dobla humilde al susurrar del viento,  
Abre el seno túrgente y delicado,  
Y recoje el perfume regalado  
Que esa tímida flor desperdició.  
Todo es vida y placer, todo hermosura,  
En la linda estacion de los amores,  
Pasaron del invierno los rigores  
Como la turbulenta tempestad.

Como pasan ¡ay Dios! crueles pesares,  
Como pasa el imperio de las leyes,  
Como pasan los tronos y los reyes,  
Como pasa tambien la libertad.

### II

Así pasarán mis años  
Ora brillantes, floridos,  
Y quedarán confundidos  
Para ya nunca tornar.  
Y mi juventud ardiente,  
Esta juventud fogosa,  
Por la vejez caprichosa  
Remplazada se verá.  
Por esa edad taciturna,  
Edad de melancolía,  
Edad marchitada y fria,  
Edad que toca á su fin.  
Fenecerán los deleites  
De los vigorosos años;  
Mil tétricos desengaños  
Solo podrán subsistir.  
Pero inútiles, tardíos,  
Cual son para el que guardára,  
La flauta preciosa y cara  
Despues que el cierzo la hirió.  
Recuerdos que multiplican  
Largas horas de tormento,  
Instantes de sentimiento  
Y de profundo dolor.  
¡Ay Dios! acaba el invierno  
Y la alma naturaleza,  
De nueva pompa y grandeza  
Engalanada se vé.  
Y esa transicion perpetua  
Ni la destruye, ni acaba,  
Ni sus glorias menoscaba,  
Su fuerza ni su poder.  
Soberana de los tiempos,

Joya riquísima y pura,  
 Indefinible hermosura,  
 Simil de la eternidad.  
 Ella es de la omnipotencia  
 Obra perfecta, y concluida,  
 Obra jamás comprendida  
 Del miserable mortal,  
 Y pasan años, y siglos,  
 Y es tan solemne, tan bella,  
 Como la fúlgida estrella  
 Que viene del Sol en pos.  
 Empero mi triste vida  
 Corre tan rápidamente,  
 Cual impetuoso torrente,  
 Cual huracán silvador.  
 ¡Y volverá á su principio  
 Mi edad de fuego y pasiones...?

Idos, tiernas ilusiones,  
 No ulcereis mi corazón.  
 Que nunca al cauce volviera  
 Del río la veloz corriente;  
 Una mano omnipotente  
 Fué quien su giro trazó.  
 Pues que pase, que se acabe  
 De mi juventud el brio,  
 Yo nada quiero ni ansío  
 Si no me es dado gozar.  
 Y si el dolor, si la pena,  
 Si el llanto, son mi tesoro,  
 Del cielo el decreto adoro  
 Y lloraré sin cesár.

Ixmiquilpan, Marzo 24 de 1844.

RAFAEL CASASOLA.

# LOS CORAS.

## APUNTES BIOGRÁFICOS.



NINGUN artículo mejor que al presente conviene el título con que principia, ni se crea tampoco que se ha escogido este mejor que otro por modestia, sino por ser el único que á nuestro entender le viene. Una biografía debe ser un cuadro completo de la vida de un hombre; no debe omitirse en ella ningún rasgo, ninguna pincelada que contribuya á caracterizar á la persona de quien se trata: la omisión de la mas ligera sombra es ya una grave falta. Así pues el encargo del biógrafo es árduo y no puede llenarse bien sino con una observación prolijá y con una exactitud inmensa al referir los hechos. Esto supuesto, pudiera haber llevado este artículo el nombre de biografía? Sin duda que no. Una carencia casi absoluta de datos, y lo que es mas, una convicción de la dificultad que existe para encontrarlos, hacen hasta cierto punto imposible una biografía de los

dos artistas que gozan en Puebla de tan jó fama y con cuyos nombres hemos principiado estos apuntes.

Hay por cierto una especie de fatalidad que pesa sobre la memoria de nuestros hombres jebres en todas las líneas; pero sobre todo en las artes. Ordinariamente, de los artistas mexicanos un poco antiguos no queda mas que el nombre, que no ha podido borrar el tiempo, de brillantes cuadros, y los pormenores interesantes de una vida consagrada al trabajo y que virian quiza mucho para la gloria del artista están envueltos las mas veces en niebla impenetrable. Cabrera, el príncipe tal vez de los pintores mexicanos, es un notable ejemplo de esta verdad. Casi nada se sabe de él. Los datos para formar su biografía son sus cuadros que descubren á la vista menos perspectiva ingenio que los concibió y la admirable mano que le sirvió de intérprete.

Esto basta para la gloria duradera del pintor, nada le añadiría el convencimiento

tuviéramos de todas las circunstancias de su vida; pero no satisface esto solo nuestros deseos y semejante falta deja un vacío en nuestro corazón.

Las noticias que se tienen de los dos Coras son tan cortas que casi puede decirse de ellos lo que de Cabrera, sin embargo por pequeñas que sean creemos cumplir con un deber al publicarlas, pues si esto es inútil para Puebla donde no hay aficionado que no haya admirado las obras de estos ingenios y no haya repetido sus nombres, no sucede lo mismo en México y otros departamentos donde quizá ni sepan que han existido tales hombres.

Aunque cortas las noticias que de ellos tenemos pueden considerarse de mérito, tanto por ser las únicas, cuanto por la dificultad que ha costado conseguirlas, dificultad que á trueque de laboriosidad y empeño ha vencido el apreciable jóven D. Manuel Orozco á quien las debemos y á quien damos las mayores y sinceras gracias.

El primero de estos dos célebres escultores D. José Villegas Cora nació en Puebla, y murió en la misma en 14 de julio de 1785, de 72 años. Se educó entre los jesuitas, con quienes aprendió desde primeras letras hasta concluir filosofía, dedicándose en seguida á la escultura y arquitectura, en la que fué examinado. Sus mejores obras se conservan en Puebla y hemos tenido el gusto de admirar algunas, en especial un S. Francisco y una Dolorosa que existen en el convento de franciscanos. Su estilo correcto, que algunos hacen superior al italiano, la verdad de las formas, la espresion particular de los semblantes se advierten en todas sus figuras; pero segun recordamos en ninguna se hace tan notable como en el S. Francisco de que hablamos arriba y que ocupa el primer altar del lado del evangelio en la iglesia grande. Ademas de las dos figuras de que hemos hablado merecen citarse la Purísima de la iglesia de S. Cristóbal y un S. José del convento de S. Pablo. Murió como se ha dicho D. José Cora en julio de 85, de edad avanzada. Pocas fueron las obras que dejó, pero quizá una sola baste á formar la reputación artística de un hombre: fué enterrado su cuerpo en la parroquia del Santo Angel.

D. José Zacarias Cora, sobrino y discípulo del anterior, floreció á fines del siglo pasado y se ignora el día de su nacimiento, como el de su tío. Solo se conserva el en que las artes los perdieron. El 9 de junio de 1819 murió D. Zacarias de 67 años. Aficionado desde pequeño á la escultura llegó á persuadirse de que la mejor maestra es la naturaleza y á imitarla dedicó sus esfuerzos. No fueron vanos por cierto y si el gusto de la época le hubiera ayudado, conservaríamos quizá algún bello grupo fantástico ú histórico. El gusto no llevaba ese rumbo y tuvo necesidad de hacer santos, porque las iglesias y los conventos pagaban, y aunque de esta manera, eran las únicas partes donde se albergaban las bellas artes por entonces. Tuvo que acomodarse á la necesidad, pero aun en medio de ella el estudio que habia hecho del cuerpo desnudo, su amor á la naturaleza pura y sin mancilla, le hizo formar algunos Cristos que coronaron sus esfuerzos. La espresion de un hombre moribundo, los miembros lacerados que dejaban adivinar su antigua belleza, las proporciones admirables de las figuras, la musculación soberbia que revela al observador y al anatómico, todo esto se encuentra desempeñado con admirable maestría en los cristos de D. Zacarias Cora. Todo esto puede verlo y admirarlo cualquiera por poco inteligente que sea.

Sus obras mas celebradas son el Cristo que se llama de los desagracios y que existe en el convento de franciscanos de Puebla y un Calvario, propiedad del Sr. Cardoso. Los Mexicanos le debemos tambien algo, pues en algun tiempo que residió en México ejecutó algunas de las estatuas de piedra que coronan las torres de nuestra catedral. Murió en Puebla y reposa su cuerpo en S. Francisco.

Si estas líneas no han hecho formar una idea completa de estos dos artistas, como no han podido hacerlo, puedan á lo menos excitar á algunos al estudio de los buenos modelos y si tuviéramos la felicidad de haber contribuido en algo con nuestras palabras á la formación de un solo hombre de mérito seria nuestro placer infame y habríamos conseguido la sólida gloria á que deben aspirar los periodistas.

México 1.º de junio de 1844.

M. ESTEVA Y ULIBARRI.

